

Salvajes y libres

El primer santuario del hombre fue el bosque. Era el lugar natural donde no entraba el mundo, donde se retiraban los santos para escapar de las vanidades terrenales. El bosque está lleno de implicaciones simbólicas. El árbol que lo constituye es el intermediario entre la tierra donde hunde sus raíces y la bóveda del cielo que alcanza con su cima. En la Edad Media el bosque era el reducto del miedo, de un miedo motivado por el peligro que suponían los seres reales o imaginarios que lo frecuentaban: lobos, osos y jabalíes pero también hombres salvajes, ogros y brujas. El bosque precristiano era refugio de genios, hadas y hechiceros, la cristianización, fue incapaz de abolir el culto del bosque y a los hechiceros sucedieron los eremitas, los cartujos y los cistercienses. Con o sin cristianismo el bosque mantuvo su carácter sagrado. La presencia mítica del bosque no ha desaparecido de la consciencia del hombre moderno y las obras de María Luz Gil así lo demuestran.

Para la esta artista el bosque es un lugar de experiencias de vida como lo ha demostrado Más cerca, más lejos, la video instalación presentada a principios de 1997 en el Centro Cultural Borges. Allí se veía una mujer moviéndose sin ataduras, saltando, bailando y corriendo, como una ninfa griega o la doncella de un manantial. Ahora con Transparente/opaco el movimiento es virtual una niña sujeta y suelta una rama. La figura tridimensional de esta niña se repite decena de veces para conformar un bosque sobre la pared. Acompañada por una serie de pinturas, en el conjunto se pueden verificar oscilaciones pendulares entre la niña y la mujer, entre la seguridad y el miedo, entre lo consciente y lo inconsciente, entre lo natural, y lo cultural, entre la imposición y la liberación. Y esas son las oscilaciones que nos mueven a lo largo de la vida.

Constantemente estamos entrando y saliendo del bosque, tomando consciencia y olvidando, afirmando y dudando. El bosque es el gran marco de contención de la obra de María Luz Gil.

Carl Jung, el gran psiquiatra suizo, afirmaba que los terrores del bosque estaban inspirados por el temor de las revelaciones del inconsciente. En el bosque, como en el inconsciente se esconden las fuerzas ocultas de la naturaleza. En el bosque se abandonan

los niños, es decir las posibilidades de vida, y según los mitos, son fieras salvajes las que los alimentan, con corazones menos duros que la consciencia convencional. Jung afirmaba que los terrores del bosque, tan frecuentes en los cuentos infantiles, simbolizan el aspecto peligroso del inconsciente, es decir, su naturaleza devoradora y ocultante de la razón. María Luz Gil pone en escena la vieja lucha del hombre entre su naturaleza y su cultura, entre la libertad incierta y la seguridad opresiva. Para ello elige figuras claves, el bosque y la niña, es decir la naturaleza y la mujer no domesticadas. Salvajes y libres, deambulando en el espacio sagrado donde habitan los santos y los ogros, y aferrando y soltando las ramas del árbol que une el cielo y la tierra.

Julio Sánchez

Lic. en Historia del Arte

Miembro de la Asociación Argentina e internacional de Críticos de Arte